



ALFRED KIESER

Ranking académico. La ideología de la investigación por toneladas

Noticia

Este texto apareció bajo el título "Forschung und Lehre" el 11 de Junio de 2010, en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. La traducción fue realizada por José Santos Herceg.

DOCUMENTO

ALFRED KIESER

Ranking académico.
La ideología de la investigación por toneladas

Ranking, Rating, Bibliometría: existe muchas posibilidades para juzgar acerca de los rendimientos científicos evitándose el [tener que] leer y conocer. Sin embargo, la pretensión de concluir algo respecto de la calidad a partir de cifras de rendimiento o listas de ranking es ingenua.

En su *Lección de ingreso para la Universidad de Jena* en 1789, [que lleva por título] “¿Qué significa y con qué finalidad se estudia la historia Universal?”¹, Friedrich Schiller distingue dos tipos de “eruditos”: los “Eruditos ganapanes” (*Brodgelehrten*) y los que llama “Mente filosófica” (*Philosophischenkopf*). Son sólo los de este último tipo los que investigan en vistas del conocimiento. Richard Feynman, el físico norteamericano ganador del premio Nobel, da prosaicamente en el clavo [cuando, al hablar] sobre las motivaciones de los científicos, [dice]: “la ciencia es como el sexo. Sin duda, ella puede dar algunos resultados prácticos, pero esa no es la razón por la que la hacemos”. Es, ante todo, la actividad misma y luego, en segunda línea, el éxito, lo que motiva a los investigadores. [Alcanzar] el éxito en la investigación, sin embargo, es altamente inseguro. La mayoría de los científicos nunca hacen algún descubrimiento sensacional, nunca publican artículos en las revistas de primera línea, ni escriben libros que causen furor, ni [tampoco] son invitados a dictar una clase magistral en un encuentro internacional. Sólo pocos logran granjearse esa notoriedad.

Ahora bien, ¿cómo se mide el logro en la ciencia? ¿qué logro científico se jerarquiza en un lugar más alto: el descubrimiento de la penicilina por Alexander Fleming o las tesis de Max Weber

¹ “Was heisst und zu welchem Ende studiert man Universalgeschichte? Die akademische Antrittsrede vom 1789”, Jena, Verlag Dr. Brunscheit und Partner.

sobre el protestantismo como promotor del capitalismo? Hacer estas preguntas simplemente no tiene sentido. Del mismo modo como no tiene sentido [preguntar] si un artículo en el *“Journal of Marketing”* tiene más peso que uno en el *“Journal of Finance”*. Incluso dentro de una misma disciplina establecer una jerarquización provoca habitualmente fatigosas peleas en comisiones profesionales. Las apreciaciones subjetivas aquí son inevitables.

Esfuerzos de objetivación

Es en este tipo de situaciones en las que se recurre con gusto a criterios cuantitativos, en tanto que ellos muestran, por ejemplo, que un candidato puede exhibir una mayor lista de publicaciones que los otros. Habitualmente se argumenta que cuando los artículos de un candidato se evalúan tomando en consideración la jerarquía de las correspondientes revistas, este evidentemente debe ser ranqueado más arriba que los otros postulantes.

Cuando se afirma que una revista posee una [determinada] jerarquía científica, la argumentación siempre tiene, sin embargo, un tono subjetivo. Esta impresión, empero, desaparece de la discusión, cuando todos quienes se desempeñan en una área del conocimiento, solicitan que se lleve a cabo una estimación del valor de las revistas científicas y estas estimaciones, entonces, son transformadas en herramientas. Una obra de arte de la “objetivación” aún más extrema la logró Eugene Garfield con su “factor de impacto”. Este indicador del peso de la influencia científica de las revistas es aplicado hoy en día por *Thomson Science* (una división de la Agencia Reuter) a un gran número de revistas elegidas de diferentes disciplinas y con ello construye un banco de datos que pone a disposición [de los interesados] por el pago de un precio: valorizar la ciencia es un gran negocio.

Comparaciones sin sentido

El “factor de impacto” se funda en la suposición de que las obras científicas son citadas por otros científicos porque estos construyen a partir de esos resultados. Una revista cuyos artículos son

citados habitualmente haría un mayor aporte a la ciencia y podría exigir [el reconocimiento de] una mayor calidad que una revista cuyos artículos son menos utilizados por los científicos. El rendimiento científico de un científico puede, entonces, comprenderse como la suma de sus publicaciones sopesadas de acuerdo con este factor de impacto. Sobre esta base es posible, por lo tanto, construir un ranking de los científicos y a partir de los lugares que alcancen sus científicos activos [es posible establecer] la posición de una facultad completa en un ranking de facultades. Así es como sucede en Alemania con la *Handelsblatt*², por supuesto, ella no [opera] sobre la base del índice de impacto, sino sobre la de una evaluación de revistas en la que intervienen los miembros de las asociaciones de los profesores de “Administración de empresa” que trabajan en la educación superior.

Los dos primeros puestos del ranking de la *Handelsblatt* para los profesores de Administración de Empresas fueron ocupados por dos profesores de la Facultad de Administración de Empresas de la Universidad de Mannheim. Esto es claramente algo que alegra mucho a los que pertenecen a dicha Universidad, pero es igualmente una estupidez. Que estos dos profesores sean, en sus respectivas disciplinas, científicos alta e internacionalmente reconocidos, puede asegurarlo en ambos casos cualquier entendido. Lo que ambos científicos investigan y lo que publican, sin embargo, no es comparable, y no es posible, por lo tanto, jerarquizarlos. Uno investiga sobre marketing, el otro sobre bancos y financiamiento. El establecer así que uno es el primero y con ello es “mejor” que el segundo estaría tan lleno de sentido como decir que Tiger Woods, en comparación con Roger Federer, es un mejor deportista.

² El *Handelsblatt* (literalmente: “papel de comercio”) es un periódico de negocios en alemán publicado en Dusseldorf por el “Verlagsgruppe Handelsblatt”. Su editor en jefe es, desde abril de 2010, Gabor Sterigart. En septiembre de 2006 el periódico ranqueó todos los trabajos en economía en Alemania, Austria y la Suiza de habla alemana. (<http://www.handelsblatt.com/>) (Nota del traductor)

Investigación [regida por] la ley de mercado

Si los ranking de científicos no tienen sentido, entonces tampoco lo tienen los ranking de facultades y universidades que se basen en ellos. Pese a su absurdidad los ranking de científicos y de instituciones científicas son extremadamente populares. Muchas comisiones profesionales, decanos y presidentes de universidades toman sus decisiones de acuerdo con ellos. Su popularidad se funda sobre todo en [el hecho de] que acortan el procedimiento de evaluación. Simplemente se

multiplican los escritos del postulante por el correspondiente índice de impacto y se suman los puntajes obtenidos de este modo. Para llevar a cabo este procedimiento no se necesita pertenecer a la disciplina que está siendo considerada, ni siquiera se necesita ser científico. Los científicos son bien asesorados, por ello, para dedicarse a trabajar en escritos que muy posiblemente sean publicados por revistas que tengan un alto ranking.

Del mismo modo como un gerente de primera línea de una empresa diversificada sabe cuál es el aporte de ganancia de cada una de las áreas del negocio, saben los decanos y la cúpula de las universidades, cuáles facultades e institutos generan la investigación que es “bien recibida por el mercado” y dirigen, de acuerdo con esto, sus decisiones acerca de la dotación de medios y la ocupación de cargos. Las estrategias de la universidad economizada apuntan a invertir en un óptimo “portafolio de creación de valor en investigación”. Estas estrategias determinan en gran medida el trabajo de los científicos. De ellos se espera que investiguen aquello que le dé puntos a su facultad y a su universidad para el ranking y no aquello que ellos mismos consideran como proyectos que hacen avanzar la ciencia.

Por otra parte, los factores de impacto exhiben algunas limitaciones sensibles. (1) Sólo son consideradas publicaciones de determinadas revistas. Estas son prácticamente sólo angloparlantes, mayoritariamente norteamericanas. (2) No son consideradas ni las publicaciones de libros, ni los artículos en libros hechos a partir de una compilación de textos. (3) Sólo se alude a las citaciones que tienen lugar hasta dos años después de la publicación. Revistas de ámbitos especiales, que regularmente muestran una circulación menor, son perjudicadas.

Por sobre todo, sin embargo, es más que cuestionable el que las citaciones de importantes resultados en su mayor parte expresen la asunción de los resultados del otro investigador que es citado. Un investigador no cita a otro solamente cuando asume un resultado, sino también cuando lo critica, cuando lo atribuye a su escuela, cuando se distancia de él, cuando trata de impresionar con su lectura. Con gusto cita el investigador a aquel que habitualmente es citado, porque ello eleva la probabilidad de que él mismo sea citado. Es sorprendente, por otra parte, que [haya un artículo que] se encuentre en una revista con un alto índice de impacto y, sin embargo, apenas, o nunca, sea citado. Esto instala la pregunta de si el sistema de evaluación de artículos funciona de tal forma que, efectivamente, son los mejores los que encuentran su lugar en las revistas de renombre.

Procedimiento de evaluación cuestionable

Ya el que la cuota habitual de rechazo de las revistas de renombre alcance a más del 90% de los artículos presentados hace surgir las dudas. Una gran parte de los manuscritos que ingresan son rechazados por el editor principal o el editor intermedio después de la primera revisión mediante el procedimiento [llamado] “desk reject”. Se puede asumir una no pequeña probabilidad de equivocación en este primer, urgente y no del todo tan riguroso colador. Para una evaluación completa de los trabajos, que pueda superar este obstáculo, el editor elige regularmente dos, incluso de vez en cuando tres o cuatro evaluadores. Ellos recomiendan el rechazo o la aceptación de un manuscrito. La coincidencia entre los juicios de los evaluadores acerca de determinados artículos de revistas es en extremo baja, lo que lleva a algunos autores a la conclusión de que la decisión acerca de la aceptación o el rechazo de un manuscrito podría confiársele igualmente a los dados.

Por lo demás, tal como ha establecido la investigación, los juicios acerca de la calidad de un manuscrito se corresponden muy poco con la posterior citación del mismo. Consecuentemente, la Corte Suprema [norte]americana estableció recientemente que atendiendo al hecho de que se llevan a cabo “evaluaciones por pares”, no es posible decidir acerca de la calidad del contenido científico de las revistas. Especialmente revelador es el estudio de Perter y Ceci. Ellos tomaron doce revistas de psicología y escogieron una artículo de cada una que hubiera sido publicado el año anterior, le cambiaron el nombre de los autores y las instituciones [a las cuales pertenecían] y donde había un autor e institución altamente reconocido, pusieron desconocidos. También cambiaron los títulos, los resúmenes y los párrafos introductorios. Luego de ello y sin alterar nada más, enviaron los manuscritos a las mismas revistas en las que habían sido publicados. El resultado: solo tres de los doce manuscritos fueron reconocidos como ya publicados, y ocho de los nueve restantes fueron rechazados.

En el experimento de Peter y Ceci tuvo un papel [importante], sin duda, el que la firma de los autores fuera cambiada por la de un sujeto “desconocido”. Los autores de las creaciones originales eran, sin excepción alguna, altamente conocidos. En el caso de los autores conocidos por la comunidad, los editores se dan el trabajo de encontrar evaluadores que aprecien los mismos enfoques que

los autores y en el caso de darse evaluaciones contradictorias se deciden preferentemente por una aceptación. Junto a las preferencias por determinadas teorías y métodos, los evaluadores tienen otros prejuicios. Ellos son, ante todo, conservadores, porque quieren hacer carrera: de evaluador a co-editor, de co-editor a editor principal y, de allí, a editor de alguna revista aún más significativa, y por ello evitan el riesgo de recomendar para su publicación un texto respecto del cual se puede contar con que sería rechazado en la comunidad científica. Como autor, por lo tanto, no sólo hay que haber escrito un buen artículo, sino que, ante todo, hay que tener la suerte de que el editor elija no sólo a un evaluador, sino a dos o tres, en los cuales el texto no despierte envidia, soberbia ni dogmatismo y que tengan una cierta simpatía por la propuesta teórica elegida. No, por último, a causa de la débil relación entre el juicio de los evaluadores y las citaciones de un artículo, el “factor de impacto” es un pésimo indicador de calidad; y lo es aún peor, aquella “suma” con la cual se estima [el valor] de un artículo.

El ranking como una profecía auto-cumplida

El mayor problema del sistema de Ranking es, sin embargo, el hecho de que este influye en el comportamiento de aquellos que son afectados. En el [antes referido] “*Handelsblatt*” [donde] está el popular ranking de profesores de Administración de Empresas, están listados los doscientos profesores más exitosos de los países de habla alemana. Entre ellos no hay ninguno que publique sus resultados de investigación mayoritariamente [utilizando el formato de las] monografías, por muy influyentes que ellos sean. En dicho ranking, de hecho, sólo son consideradas las publicaciones en revistas. La consecuencia es que los científicos escriben menos monografías, lo que considero personalmente muy lamentable, pues como estudiante aprendí fundamentalmente a partir de monografías. Para las revistas en alemán estos profesores apenas escriben, porque el hacerlo no les aporta ningún punto o muy pocos. Estos profesores [aportan] a lo más re-bautizando sus publicaciones en inglés o [con textos] de segunda categoría. Los científicos o las instituciones que están mal jerarquizadas pierden prestigio frente a los estudiantes, los políticos y los administradores de instituciones de educación superior. Ellos sufren una pérdida en cuanto a la dotación de recursos, lo

que hace que su posición en el ranking eventualmente empeore aún más. El ranking actual [funciona], entonces, como una profecía auto cumplida.

Además de ello, el sistema induce a la [utilización] de triquiñuelas. Los científicos citan sus propios escritos aún más a menudo que antes. Incluso citan preferentemente aquellos trabajos que han publicado en revistas con un alto factor de impacto. Eso les otorga a sus propios trabajos una mayor relevancia. Las revistas con un alto índice de impacto no tienen un gran prestigio solamente porque sean citadas recurrentemente, sino que son citadas recurrentemente porque ostentan un alto prestigio. Con la promesa de que ellos se harán cargo de la mayor parte del trabajo, los investigadores menos famosos convencen a los colegas famosos para [que participen en] publicaciones conjuntas. Esto no sólo eleva la probabilidad de que el manuscrito resultante sea aceptado para su publicación –para el editor los autores no son anónimos– sino que también [eleva la probabilidad] de ser citado posteriormente. Cuando anteriormente se preguntaba al postulante a un cargo de profesor, cuáles eran sus intereses de investigación, se obtenía una respuesta del siguiente tipo: “me interesa la manera en que funcionan los grupos de trabajo” o “yo investigo si los incentivos aumentan el rendimiento”. Hoy el postulante dice: “quiero publicar en revistas tipo A”.

Y él sabe, además, qué es lo que tiene que hacer para ello: elegir una temática, una teoría y un método que estén de moda. En otras palabras, él hace exactamente aquello que en su pasado juvenil lo había preservado de parecer diferente. Lo mejor es que repita una investigación con métodos más eficientes. Los avances en la metodología son más fáciles de constatar que los avances en los resultados. De hecho, cuando los científicos realmente buscan difundir un hallazgo se arriesgan a que el evaluador de su artículo no pueda articular dichos resultados con las informaciones que le son conocidas y lo rechace. Ahora bien, si el autor no ha hecho él mismo lo suficiente, entonces el evaluador y el editor se hacen cargo de que un artículo se transforme en un artículo de corriente principal. Con el objeto de no ofender a los evaluadores y no producir [con ello] una decisión negativa, los autores hacen todo lo que los evaluadores recomiendan aun cuando tenga la impresión de que con ello sus trabajos empeoran más que mejoran. Con razón habla Bruno Frey de la “prostitución de las publicaciones”.

Los científicos por la senda

Los científicos intentan sacar la mayor cantidad de artículos de sus proyectos de investigación. Eso funciona de forma parecida a como con los libros de combinación de imágenes, en los cuales con algunas rayas o franjas en cada caso se pueden formar diferentes sombreros, rostros, estómagos y piernas de figuras extremadamente divertidas. Con ese método es posible pasar de una producción que al comienzo era de 30 publicaciones internacionales en tres años, a 36. Los editores y las editoriales usan también trucos: ellos obligan a los autores a que citen tantos artículos como les sea posible de los que hayan sido publicados en su revista: “We have notice that you cite “Leukemia” only once in 42 references. Consequently, we kindly ask you to add referents of articles published in “Leukemia” to your presente article”. Las facultades y las universidades toman parte en estas artimañas. Así, los decanos y los presidentes obligan a los científicos de sus instituciones a publicar en revistas que se basen en rankings populares como el del “financial Times”. Ellos contratan gustosamente –incluso temporalmente como científicos invitados– a postulantes que publiquen en revistas de “higt impact” y que prometan muchas citas, para así mejorar el lugar en el ranking de sus instituciones. Así se forja la realidad de los ranking. Ellos no se constituyen de manera transparente en un mercado ya existente, más bien ellos generan un pseudo-mercado. La construcción de perfiles a la medida del ranking no significa formar otro perfil nuevo en tanto que facultades en competencia, sino aspirar al mismo perfil, [pero] con mayor perfección: para llegar a “ser así”, en tanto que competencia exitosa, ello, sin embargo, superándose en su “ser así”.

Los actores del sistema son los editores, los evaluadores, las directivas de las universidades; todos ellos aspiran a mejorar su posiciones en los ranking. Y en tanto que son ellos los que toman las decisiones relevantes para las carreras, los científicos quieren alcanzar los puntos que cuentan en el sistema. Estos ya no persiguen las preguntas de investigación que se consideren importantes desde el punto de vista de la ganancia de conocimiento; ellos suman puntos para el escalafón. Ya no se ponen en el camino científico de descubrimiento, sino que siguen el sendero trillado que ha sido implantado por los rankings. Las “mentes filosóficas” mutan, así, en “eruditos ganapanes”.